

las viudas, sea en la cubierta de un barco que empieza a ser tierra y esperanza después del abandono y del asesinato en la isla, sea por las calles del pueblo donde las muchachas codician a Raúl Soulier, o por los campos de entrenamiento militar, o por la vereda que conduce al faro que habita un negro solitario y enfebrecido.

Isla de bobos, una metáfora de la condición humana: los Soulier y su gente víctimas de sus principios, de su ingenuidad, de su mirada decimonónica, y víctimas de la historia. Tan fáciles de atrapar como los pájaros bobos cuya carne sabe a mariscos, cuyas patas son azules y cuyo destino de su-



pervivencia no les permite mirar más allá porque son poco aptas para caminar y volar.

Isla de bobos porque los seres humanos padecemos de esa ingenuidad que nos hermana con los palmípedos. Así escribe Luisa cuando deniega la propuesta matrimonial del capitán Scott, para seguirse sacrificando por la patria, que es marido muerto inútilmente por ella: “Los seres humanos somos muy ingenuos, ésa es una conclusión a la que he llegado después de todo este tiempo”. La desgracia de Raúl y Luisa es la nuestra, car-

gamos como el farero enloquecido la piedra a la que estamos condenados porque, ¿acaso alguien puede sobrevivir la falta de pertenencia, el exilio y el desamparo? ¿Es la idea del exilio, origen de la familia García Bergua, la que subyace en el deseo de escribir esta historia?

El epígrafe de Ales Steger que anticipa la lectura de la novela no podía ser más adecuado: “Lo que guardas dentro de ti no lo oye nadie. Eres el único habitante de tu piedra. Acabas de tirarla”. Por eso el capitán Soulier orina una isla en la que morirá; por eso Luisa, una vez rescatada y a pesar de que ve la isla desaparecer en el horizonte, la ve emerger en medio de su cabeza. ¿O será que su destino lo lleva en el nombre Luisa Roca? Para romper ese silencio, para tocar esa piedra que habitan y llevan dentro (que habitamos y llevamos dentro) los personajes de *Isla de bobos*, para darnos cuenta de que no hay manera de tirarla, para que el que esté libre de culpa tire la última piedra, Ana García Bergua ha escrito y nos ha seducido con *Isla de bobos*. ~

Por encima de cualquier referente a la cultura formal, la moda es una clave fundamental que nos permite identificar a una generación. Cada generación se reconoce no tanto en sus más destacados científicos, intelectuales y filósofos, sino en el uso específico que hace del lenguaje, de la música, del juego, del ocio. Una generación es, predominantemente, una manera específica de perder el tiempo.

En la mía se inició una práctica por demás humillante y sintomática: la de implorar a un “cadenero” (esto es, al portero de una “disco”) el acceso a ese espacio de socialización, diversión y pertenencia. El portero se convertía así en una especie de celador inverso cuya precaria manera de ejercer el poder consistía en definir quién tenía derecho de ingresar a dicho “club privado”, quién debía esperar para hacerlo y a quién, aunque lo suplicara encarecidamente, se le negaba el acceso. Las decisiones del portero, en la medida en que intuían la identidad de una generación, moldeaban el futuro de un establecimiento, aunque también influían, tal vez sin saberlo, en la pertenencia a un grupo y en la definición de un sentido del gusto, esto es, en una moda.

Más allá de lo mucho que esta práctica revela sobre la manera —consumista, estratificada, aspiracional— con la que optamos entonces moldear la sociedad, la figura misma del cadenero no deja de ser interesante.

El hombre tenía que mediar intuitivamente entre la oferta y la demanda de un lugar para delimitar su posicionamiento, pero, sobre todo, definía el perfil de sus miembros. Tenía, como hemos dicho, el poder efímero de modelar la membresía en determinado grupo social.

No son pocos los filósofos que han comprendido así su contribución a la historia del pensamiento. Se miran como torneros responsables de delimitar las fronteras del ejercicio mental, para definir las condiciones que permiten a un sistema conceptual ingresar al uni-

El espejo de las ideas Filósofos de puertas, filósofos de ventanas

EDUARDO GARZA CUÉLLAR

verso filosófico y para seleccionar cuáles entre nuestros juicios tienen propiamente validez y cuáles no.

Estos porteros del pensamiento han delimitado a lo largo de la historia *cómo* deben pensar quienes aspiran a hacerlo válida y filosóficamente. Indirectamente definen también los contenidos de la filosofía: el *qué*. Además, entre las ideas y sistemas que acreditan como válidos, definen en ocasiones categorías y subcategorías: escuelas y coordenadas que nos ayudan a entenderlas.

Imaginémonos por un momento que somos dicho celador, que nos es conferida la responsabilidad de calificar a los pensadores, ideas y sistemas que aspiran a ingresar al gremio filosófico. No tenemos nadie a quien consultar. Sólo aspirantes que reclaman su ingreso a esta prestigiada disciplina: el método científico, Freud, las matemáticas, Walt Disney, San Francisco de Asís, Marx, Quino, Kant, el Dalai Lama, Serrat, mi tía Cata...

Imaginemos, en un segundo momento, que tenemos la responsabilidad de dar el acceso ya no al dilecto gremio de la filosofía, sino ¡al del ser! La virgen María, Pavarotti, el concepto de angustia, las reglas matemáticas, Dios, mi esposa, un unicornio, el número dos y la cábala se arremolinan frente a nosotros implorando la validación de su membresía. Todos aspiran a ser. A nosotros nos corresponde decidir sobre su destino.

Sólo bastan unos segundos de este ejercicio para darse cuenta de la complejidad de este trabajo y de su ingratitud; de la necesidad de definir criterios, de disponer de razones y categorías;

de lo caótico que sería aceptar incondicionalmente y lo necesario que es contar con alguna explicación razonable para los no aceptados.

Hay filosofías que hacen un extenso relato de las premisas que les permiten considerarse como tales. Otras, a las que Ortega y Gasset llama ingenuas, dan por hecho sus presupuestos metodológicos sin justificarlos. También existe un tercer grupo de filosofías que sólo son eso: razones para juzgar la validez filosófica sobre las cuales, en el mejor de los casos, otros pudieran construir.

Entre los filósofos de puertas está en algún sentido Tomás de Aquino y su esfuerzo por distinguir filosofía y teología. Se encuentra, por supuesto, Descartes, que reacciona a la complejidad del pensamiento medieval tardío proponiendo fundar el edificio filosófico en la duda metódica y en ideas *claras y distintas*. También, de manera muy especial, Kant, quien limita la acción filosófica *al noumeno*, confrontando así los muchos siglos de tradición metafísica. Desde Kant, ya no pensaríamos el ser, como lo veníamos haciendo desde Grecia, sino la conciencia.

El positivismo es tal vez el más severo y orgulloso de los cadeneros. Define sólo a los hechos y a aquello que es susceptible de verificación empírica como filosófica y científicamente válido. Otro cadenero ejemplar es el primer Wittgenstein y los que junto con él dieron a la filosofía el llamado *giro lingüístico*: desde ellos, la filosofía no reflexionaría más sobre la conciencia, sino sobre el lenguaje: una necesaria expresión de ésta con la que termina confundándose.

A la sombra de esta estirpe filosófica, la de los celadores, la historia ha cultivado otra raza de filósofos, aparentemente destinada a evidenciar las fisuras de sus sistemas y las realidades capaces de colarse a través de las mismas.

Su fundamental aliado es la realidad misma. La persistencia de fenómenos, como el simbólico, el



afectivo o el religioso, al que porteros como Marx y Comte habían desahuciado. Llamémosles filósofos de ventanas.

Nietzsche, por ejemplo, propone que en las entrañas de la fantasía y el mito, exiliados del reino de la filosofía por el imperio racional, opera un *instinto metaforizador* hondamente emparentado con lo humano.

Dentro de esta segunda estirpe se ubica toda una generación de pensadores contemporáneos que, como confiesa Ortega y Gasset, intuyeron que el edificio construido sobre el cimiento cartesiano por Kant y los neokantianos, aunque perfecto, cometía el pecado filosófico fundamental de faltar a la veracidad.¹ Sus ojos, siempre abiertos, vieron desmoronarse los ideales de la ingeniería social. Europa perpetraba frente a ellos en el siglo XX, en nombre de la razón y de sus sistemas, tanto de izquierdas como de derechas, el crimen lógico.

Entre ellos se ubican por supuesto Husserl y su fenomenología, la hermenéutica de Gadamer, el personalismo comunitario de Mounier y los existencialistas, que —cada quien a su modo— propusieron nuevas formas de acceder a la verdad, de actuar en el mundo y de cultivar una razón, a la que hasta entonces le habían sido vetados algunos de sus usos fundamentales: la cordialidad, la intuición, la llamada razón sentiente, el ejercicio de lo lúdico.

También se ubican allí Eugenio Trías quien, obsesionado por lo limítrofe, concluye que algo hay de fronterizo en la propia constitución humana, y Alfonso López Quintás, quien propone que es en el juego, en lo lúdico-ambiental, donde realmente podemos realizar la vocación humana de hacer del otro —inicialmente distante, distinto, externo y extraño a nosotros— alguien entrañable.

Un dilecto grupo dentro de los filósofos de ventanas, distinguido por su exquisitez, es el de quienes han comprendido a fondo las propuestas de los más brillantes cadeneros para, desde sus premisas y su metodología, abrir ventanas en sus paradigmas, oxigenarlos, ampliarlos y enriquecerlos.



Es el caso de Jesús Conill, quizás el más apasionante de los filósofos españoles contemporáneos, quien sostiene la posibilidad de una filosofía primera en el crepúsculo mismo de la metafísica y quien, en un trabajo reciente, detalla el minucioso mapa metodológico y conceptual de Habermas para demostrar que la fe tiene cabida en él.

Es el caso sin duda de Adela Cortina quien, desde su tesis doctoral en los años setenta, concluye que la teología filosófica, siguiendo la invitación kantiana, debería situarse dentro del terreno de la filosofía moral y formar parte de la filosofía práctica, dado que es la acción moral la que puede exigir críticamente la realidad objetiva de la idea de Dios.

Dios es, como vemos, el primer actor de esta obra teatral de la filosofía moderna. El viento que sale por las puertas y se cuela por las rendijas de las ventanas. En su infinito sentido del humor, parece disfrutar la manera como es exiliado del edificio filosófico por unos y repatriado por otros, la forma en que lo declaran muerto para después resucitarlo.

Más allá de cada una de las realidades, ideas, personas y mitos específicos que imploran nuestro reconocimiento, de los que quieren entrar en nuestros referentes vitales, el ineludible ejercicio mismo de rechazar y de aceptar, de preferir y desdeñar, confiere a nuestra existencia una responsabilidad y un sabor especiales.

Nos invita a fijar postura, a tomar decisiones, a definir de manera más o menos consciente una filosofía personal que quizá no sea otra cosa sino un conjunto de criterios para cerrar puertas y para abrir ventanas. ~

¹ José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Editorial Tecnos, Madrid, 2002.